

**AUDIENCIAS PÚBLICAS DE CASOS EN LIMA  
TERCERA SESIÓN  
SÁBADO 22 DE JUNIO DE 2002  
9 A.M. A 1 P.M.**

Caso número 20: Justiniano Najarro Rúa

Testimonio de Jesenia Felicitas Najarro Sáenz

Doctor Salomón Lerner Febres

Vamos a proceder a convocar al último testimoniante de esta mañana. A la señora Jesenia Felicitas Najarro Sáenz se le invita que se acerque para que brinde su testimonio. Por favor, nos colocamos de pie. Señora Jesenia Felicitas Najarro Sáenz, usted va a brindar su testimonio ante la Comisión de la Verdad y Reconciliación, y también ante el país. ¿Promete solemnemente hacer su declaración con honestidad y buena fe, y decir solo la verdad sobre los hechos que nos va a relatar?

Señora Jesenia Felicitas Najarro Sáenz

Sí.

Doctora Beatriz Alva Hart

Muchas gracias. Pueden tomar asiento. Señora Jesenia Felicitas Najarro Sáenz, a nombre de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, le agradecemos su presencia y su valentía para darnos su testimonio que, aunque doloroso, va a servirle al Perú para poder conocer más a fondo la violencia por la que a atravesado los últimos años. Es en ese sentido que tenga usted la seguridad que la vamos a escuchar con mucha atención y respeto, y, en tanto, la invitamos a que nos dé su testimonio.

Señora Jesenia Felicitas Najarro Sáenz

Ante todo, buenas tardes a todos los miembros de la Comisión de Verdad. Soy Jesenia Najarro Sáenz, hija del desa-parecido profesor Justiniano Najarro Rúa. Vengo a dar mi testimonio, solamente por saber qué hicieron con él.

Mi padre fue profesor principal de la Universidad San Cristóbal de Huamanga. Fue profesor cesante cuando desapareció. Durante los años sesenta y ocho y setenta se ocupó a la docencia universitaria. Mi padre, para nosotros, fue el tronco principal de nuestra familia. Fue un padre abnegado, que por sacar adelante a su familia no solamente se conformó con enseñar en la universidad, sino también trabajó junto con mi madre, que está a mi lado, en un pequeño negocio que fue fundado por la necesidad que teníamos para poder sobrevivir aquí en Lima.

Mi padre vino a Lima porque sufría un mal, que era de las amígdalas, por tanto, enseñar le habían afectado mucho las amígdalas y tuvieron que operarle acá en el Hospital Rebagliatti, porque en Ayacucho no había ese tipo de operación. Y fue así que los doctores le dijeron que no podía seguir enseñando, porque si sigue enseñando, la tiza igualito le iba a traer más consecuencias. Entonces pidió licencia por cierto tiempo. Es donde... acá, en Lima, nosotros nos quedamos. No era la idea de quedarnos en Lima. Solamente por motivo de salud, nada más, mi padre vino acá.

Pero la necesidad de seguir adelante con su familia hizo que aquí, en Lima, una tía, hermana de mi mamá, nos proporcionara su casa para poder vivir y entonces, como mi mamá sabía de panadería... Ella trabajaba en Ayacucho haciendo pan chapla, que le llaman acá pan serranito. Tuvimos que alquilar horas en panaderías, ¿no?, que vivía cerca de la casa de mi tía, para poder así nosotros mismos vender y subsistir de esa manera. Fue cuando así nosotros estuvimos ya alquilando una panadería, ya íntegra, allí. Ahora es Cooperativa Andahuaylas, que pertenece al distrito de Santa Anita. Ya mi papá mandó traer a su mamá, mandó traer a sus hermanos. Trabajábamos todos en familia, unidos. El negocio nos iba bien, alquilamos otra casa, donde vivíamos exclusivamente, y el negocio era aparte.

Y el señor que nos alquiló la panadería en ese tiempo, como vio que a nosotros nos iba bien, el negocio iba bien, no quiso ya que nosotros trabajáramos, no quiso respetar el contrato que mi papá había firmado por el alquiler de esa panadería. Entonces es donde que a mi papá lo acusó, como decir que era terrorista. A mi papá lo detuvieron tres veces injustamente en Lurigancho, donde después fue absuelto. Y después, por difamación y todo, mi papá ganó el juicio. Tenían que darle la casa y mi papá no quiso, le dejó al dueño. Dijo: «No sabe lo que hace porque es un hombre ignorante». Nosotros no reconocimos la casa, nada. Fue donde ya mi papá, poco a poco, consiguió un terreno en San Juan de Miraflores, donde actualmente nosotros vivimos. Entonces hizo nuestra choza con esteras y ahí forjamos. Mis propios abuelos y mis tíos hicieron la bóveda del horno. Y empezamos así, poco a poco, a hacer nuestro propio negocio, nuestro mismo terreno.

Y fue cuando de repente, un vecino de nosotros, un ex agente del Servicio de Inteligencia, Manuel Meléndez Rojas, fallece a una cuadra de mi casa, más abajo. Muerto al costado de él encontraron una bolsa de pan, y encima de él tenía un cartel donde decía que así mueren los genocidas. Y como nuestra panadería era la primera que estaba ahí en la Cooperativa Uranmarca, inmediatamente los policías vinieron a mi domicilio a tomar foto a la casa, a entrevistar a mi papá, a entrevistar a los trabajadores, a entrevistar a todos los que estábamos ahí. Después llevaron el pan, las muestras de pan, y dijeron que no era de nosotros, el pan que hacíamos, que no había ningún problema. Pero pasó el tiempo. Ha sido un catorce de junio, a mediados de las once y media de la noche, y mi casa intervinieron los militares. Sin ningún aviso, sin ningún... sin previo aviso intervinieron todo. Hicieron, rebuscaron, preguntaron de todo. Empezaron a rebuscar, hicieron lo que quisieron en mi casa. Y le preguntamos: «¿Pero por qué?, ¿qué pasa?». Entonces me dijo que ellos tenían una información confidencial de que el «Cojo» Feliciano pernoctaba en mi casa. Entonces a mi papá lo citaron al dieciséis de junio en la Dincote, en el grupo Delta Tres, que estaba a cargo del teniente Terrones. Mi papá se presentó, fue. Lo llevaron con su abogado a mi papá y le preguntaron, ¿no?, si conocía al ex agente que había fallecido y mi papá reconoció que sí conocía, porque era un amigo, vecino nuestro, ¿no?, y que también tenían un aviso confidencial que el «Cojo» Feliciano pernoctaba en la noche y mi papá vino y nos contó. Nos dijo: «No pasa nada», que había sido una equivocación. Y que ahí nomás volvió mi papá después de la citación.

Entonces no había problema, nada, toda nuestra vida era normal, porque mi papá se dedicaba a la venta de negocio de pan. Tenía una rutina de repartir pan en la mañana y cobrar en la tarde en el mercado de Ciudad de Dios. En uno de esos trayectos que iba, y seguro que ya lo han estado persiguiendo, el día 6 de julio del 93, mi papá, cuando iba a hacer cobranzas de lo que había dejado, no volvió más. Unas vecinas que bajan en el paradero, arriba, en el paradero comercial, nos avisan que mi papá había sido recogido por un auto celeste de marca Volkswagen, con arma. Unos hombres habían bajado con chompa negra, con jean. Mi papá no solo venía, venía con un sobrinito que se había encontrado también en el camino, que también él repartía y habían venido juntos, y a la fuerza les han metido al carro. Nosotros no lo podíamos creer. «No. Sí, vecina, era su esposo». Entonces en ese momento mi mamá y mi hermana se fueron a poner la denuncia a la delegación de San Juan de Miraflores, donde no le hicieron caso al principio. Estuvieron hasta las doce de la noche y, así sucesivamente íbamos buscando qué era de él, en la Dincote, qué habían hecho de él. Y no nos tomaban atención. Era como si se reían, se burlaban de nuestra tragedia que estábamos pasando.

Cuando mi sobrino después apareció al día siguiente, Melitón Ochoa, que tenía catorce años, nos contó que habían sido, cierto, recogidos y habían sido llevados a un sitio que, cómo ellos la tenían cubierta su cabeza, como de una mochila, no sabía dónde le han llevado. Entonces él cuenta que solamente llegaron a un sitio donde eran policías, porque entre radios se llamaban, que les decían: «¡Sígueme, síganme, ya estamos acá!». Y subía escaleras y ahí le tendió bocabajo a él, a Melitón, y le dijo: «¡Échate bocabajo!», y le esposaron, y a mi papá le dejaron en otro salón y le dijeron que reconozca si en mi casa había terroristas o no había terroristas; si no hablaba la verdad, que le iban a colgar con sogas. Entonces el chico se negó: «Yo no sé nada, no sé nada». Pero sí escuchaba en el otro cuarto que mi papá era golpeado y maltratado, y lloraba, gritaba del dolor. Él cuenta que mi papá gritaba del... porque mi papá sufría de los riñones, ¿no?, porque mucho trajinaba, el trabajo, y Melitón cuenta que lo sacaron y vuelta los volvieron a subir al auto y lo llevaron con un paradero desconocido, no se sabe dónde. También le dijeron: «Si tú avisas que la Dincote te ha llevado, vamos a quemar a toda tu familia y te vamos a matar. Tú tienes que decir que tú te has ido a jugar con unos amigos y que tú en ningún momento te has encontrado con tu tío. Ya sabes, así que cuenta hasta cien y después te sacas la mochila». Melitón, como era menor de edad, hizo todo lo que le dijeron y cuando él se... Lo dejaron por Javier Prado, ¿no? Como el muchacho no conoce, estaba perdido. Se dio cuenta que todo su brazo y su cuerpo le habían picado zancudos. Entonces dice que preguntó a una policía que estaba ahí dónde podía tomar carro para irse a San Juan de Miraflores. Y le dijo: «Tienes que cruzar Javier Prado, para que vayas a tu casa». No tenía tampoco pasaje. Y cuando nosotros fuimos a poner denuncia al Congreso, fuimos a los medios de televisión, a las radios, a todas las instancias que pudimos por saber del paradero de mi papá, nunca no nos dijeron nada, nunca no nos dieron razón de nada, siempre nos dijeron: «Acá no ha entrado». Inclusive tuvimos que ir hospital por hospital, a la morgue, penales por penales. Todo por saber qué era de mi papá, porque mi padre... Para nosotros, nunca va a poder nadie ocupar eso, porque él era un hombre de una moral intachable, un hombre al que nunca le ha gustado estar metido en problemas, un hombre que solo pensó en sacar adelante a su familia, un hombre que nunca tuvo vergüenza de ser profesor o catedrático, y ser comerciante ambulante, nunca.

Por eso, yo pido a la Comisión de la Verdad que hoy nos dé esta oportunidad de esclarecer estos hechos, porque siquiera sabiendo de su paradero estaríamos tranquilos. ¿Qué hicieron de él? Porque se sabe que desde... a partir de la fecha de que... el momento que intervinieron mi casa tuvo que ver los militares, porque nosotros éramos una

familia tranquila, nosotros no teníamos problema con nadie. Yo pido en nombre de mi mamá y de mis hermanos que todo esto se esclarezca, porque es feo vivir en este dolor que vivimos sin saber qué hicieron de él. Por eso, señores, estoy acá agradecida con ustedes, y que si este caso se reabre, que se haga justicia y que no quede impune la desaparición de mi padre, que se sepa la verdad. Porque nosotros estamos hasta ahora mal. Una familia que era correcta, destruida moralmente hasta no saber qué es lo que hicieron con mi padre. Todo esto trajo consecuencias a nosotros. Somos ahora una familia que vive la vida por vivir, porque la razón de nosotros de vivir era tener a nuestro padre al costado, saber siquiera qué hicieron con él. Yo pido a los señores, por favor, que se haga justicia y que no quede impune. Gracias.

Doctora Beatriz Alva Hart

Muchas gracias señora Jesenia Najarro Sáenz, por su valiente testimonio. Tenga la seguridad de que todos los acá presentes nos solidarizamos con el dolor suyo y de toda su familia, y que este dolor y esta terrible experiencia por la que ustedes y muchos peruanos han atravesado nos compromete a los miembros de la Comisión de la Verdad a esforzarnos y agotar todas las posibilidades para poder encontrar esa verdad que tanto estamos buscando, así como la justicia, que es muy importante. Muchas gracias.

Doctor Salomón Lerner Febres

Señores, suspendemos esta audiencia pública y la reiniciaremos esta tarde, a las tres en punto de la tarde. Yo les ruego a los asistentes que vayan a regresar aquí, a este anfiteatro, que se hagan presentes diez minutos antes de las tres, puesto que empezaremos a las tres en punto. Muchas gracias.